

BOLETIN

DE LA

SOCIEDAD PROTECTORA DE LOS ANIMALES Y LAS PLANTAS,

DE CADIZ.

ATAQUE Y DEFENSA.

Aunque es innegable que van disminuyendo los impugnadores de nuestra empresa, ni se han extinguido, ni se extinguirán jamás. La disminucion del número, vale más que su estincion; porque aquella prueba que la idea moralizadora y utilitaria de nuestra SOCIEDAD se abre paso en nuestra patria y conquista poco á poco el dominio de las conciencias, y esta última quitaría un interés á nuestra mision, y robaría fuerzas á nuestra vida.

La lucha mantiene y vigoriza la actividad: coloca los entendimientos y los corazones unos frente otros, y les obliga á rebuscar argumentos en la ciencia y esfuerzos en la virtud, para continuar en animada batalla la defensa de los multiplicados intereses de la razon y del deber, contra los embates y acometidas de la preocupacion y la ligereza.

Cuando hallamos, por lo tanto, un artículo que nos impugna y cuando nos alcanza de algun modo un ataque en nuestro recinto, lejos de sentir un movimiento de enojo ó de disgusto solamente, experimentamos cierta dulce complacencia que, dejando á salvo el humano pesar de tropezarnos con espíritus obcecados ó con ingenios que así desperdician sus dotes y sus recursos, nos procura una nueva ocasion de desplegar nuestra bandera, lanzarnos al combate y hasta lisongearnos sin vanidad con un seguro triunfo, que no nos procura seguramente nuestra ilustracion, sino nuestro derecho.

En *El Globo* correspondiente al día 6 del último Diciembre, apareció, bajo el epígrafe de *Variedades*, un pequeño artículo en que á la verdad no se contiene nada nuevo y á que ya no

Marzo 15, 1878.—Tomo IV.—Núm. 15.

hayamos contestado; por eso precisamente y por la índole de nuestra publicacion quincenal, no le hemos dado respuesta todavía. Pero propuestos á no dejar sin réplica nada que se nos diga, y deseosos de salir en cierto modo á la defensa de una Sociedad extranjera, que si no idéntica, es afine de la nuestra, hoy, que tenemos algunas páginas en blanco delante de los ojos, nos vamos á procurar el honor de responder á lo que nos dice el desconocido articulista del periódico ilustrado madrileño.

Ante todo, he aquí íntegro lo que dijo *El Globo*:

LAS SOCIEDADES PROTECTORAS DE LOS ANIMALES.

Dadle á un boticario un pedazo de mármol, y se le ocurrirá hacer de él un mortero para machacar drogas; dádselo á un escultor, y hará una obra artística.

Esto, que he leído no sé dónde, puede aplicarse perfectamente á las *Sociedades protectoras de animales*; se han apoderado de una idea generosa, y no se les ha ocurrido más que vaciarla en el molde del ridículo.

Hé aquí la prueba tomada de la *Seccion oficial* de *El Zoóphilo*, órgano de la Sociedad protectora de animales, de Lisboa:

«*Movimiento del hospicio de los animales durante el mes de Octubre.*—Han entrado en este hospicio hasta el día 31 de Octubre, por enfermedad, 33 perros, de los cuales fallecieron 21, fueron curados 12, y quedan existentes 5. Las dolencias predominantes fueron de los órganos respiratorios principales, de la piel, contusiones y heridas procedentes de atropellos y malos tratos. Algunos vinieron aquejados de anemia, de resultados de falta de alimentacion.

«Han entrado tambien en el hospicio 23 gatos. De estos fallecieron 15, fueron curados 5, y quedan existentes 3. Las enfermedades predominantes fueron del aparato gástrico, notándose muchas heridas y contusiones, de resultados de caidas de grandes alturas y de golpes de individuos mal intencionados.

«Verificáronse algunas consultas referentes á animales que no permanecieron en el hospicio, y se hicieron algunas operaciones con éxito, entre ellas una muy importante, que fué la extirpacion de un tumor en la region mamaria á una cachorra de raza del Monte de San Bernardo, siendo los operadores el Sr. Alves Tergo y el Sr. Lopez Fernandez. La cachorra se halla restablecida.

«El incremento que se advierte en la estadística de mortalidad, tanto en los perros como en los gatos, tiene su explicacion en que una gran parte de los animales, cuando son admitidos en el hospicio, llegan en estado gravísimo, quedándoles pocas horas de vida y no dando tiempo á que se les aplique tratamiento alguno.»

He dicho antes, que todo eso era ridículo, y me arrepiento; ridículo, no es la palabra propia, es *cruel*.

Sí; cuando millones de seres humanos sufren todavía las consecuencias de la imperfección del orden social; cuando por calles, plazas y caminos vemos hombres extenuados, mujeres escualidas y atrofiados niños demandando á la caridad pública el alimento que no encuentran en el trabajo; cuando la ignorancia, precursora de la miseria, domina en la mayoría de la población; y el crimen, hijo de la ignorancia, toma proporciones aterradoras, es cruel en grado sumo preocuparse hasta ese punto de la suerte de seres, dignos de ser atendidos, pero no antepuestos al hombre.

El más pequeño esfuerzo, el más insignificante sacrificio en bien de un animal, es *robo* hecho al hombre necesitado.

Aun considerada solamente la cuestión bajo el punto de vista zoológico, el hombre, como ser superior, tiene más derecho á la vida que todos los seres de la creación; y es ilógico privarle de unos recursos que pudiera muy bien reclamar algún día.

Durante la pasada guerra, formaban contraste doloroso las noticias que de ella se recibían, con las de los adelantos y progresos de esa clase de sociedades en España. Los lamentos por la suerte de los toros y los caballos que mueren en las plazas y los premios que ofrecían al autor de la mejor Memoria para acabar con las corridas, resultaban elocuentísimos al lado de los partes de muertos y heridos en las acciones de guerra, de los pueblos incendiados, de las cosechas destruidas y del hambre, la miseria y el abandono en que yacían comarcas enteras.

En resumen: al ver lo que sucede con los señores filántropos de las sociedades protectoras de animales, llego á creer que bien pudiera ser cierto lo de que la *exageración de un sentimiento suele ser la negación de él*.—J. N.

He aquí todo: el articulista encuentra ridículo que la *Sociedad Zoológica Lisbonense*, tenga un hospicio para los animales. Entendemos que pueda parecer como se quiera el hecho de fundar la Sociedad; pero que fundada tenga su hospicio, y que teniendo cuenta de sus vicisitudes, ofrezca su estadística y publique una página de su historia, esto lo creemos muy lógico y natural. ¿Qué diríamos de una institución que tuviese el raro antojo de nacer, con el singular propósito de ocultarse? ¿Qué concepto formaríamos de una asociación vergonzante de esta especie? Cuál de la fe de sus fundadores? ¿Cuál de la naturaleza de sus principios y de la importancia de sus fines?

Profesar en alta voz una doctrina, tomarse el trabajo de estudiarla, de buscarle los fundamentos, de asegurarse de su utilidad y su importancia y retroceder avergonzados ante la prime-

ra de sus consecuencias, no se concibe en modo alguno: la convicción del principio ha de apoyarse en la valentía de sus conclusiones; porque aceptar un sistema, aplicarse á un partido y esquivar las deducciones ó avergonzarse de los corolarios, podrá ser muy propio de la época, pero seguramente es cosa de espíritus vacilantes y de ánimos apocados.

Ya sabemos que luchar contra el ridículo es peor muchas veces que combatir contra el sofisma; pero á todo debe hallarse dispuesto el que lanza al mundo una idea nueva ó funda una nueva institucion, sin perder de vista que el ridículo araña pero no clava, que escuece pero no punza, y que su carácter cáustico y mordaz, es disfraz de su debilidad y de su injusticia.

No es el hospicio lo que hay que atacar, señor mio; sino la idea que le da el sér: no es la historia lo que hay que poner en ridículo, sino su filosofía: pero esto es ya cosa más grave y más delicada: esto por lo ménos exige haber estudiado la cuestion; esto no consiente los traviesos vuelos del ingenio, ni las gentiles agudezas de la chispa cómica: una idea, aunque errónea, es respetable: ningun hombre prudente y serio se atreve á molestar con alfilerazos la magestad del pensamiento humano. Contra una creacion humana se necesita de la ametralladora de la razon; contra una produccion de la conciencia, es menester al ménos la bomba de la justicia. Y la verdad es, que á las *Sociedades Zoológicas* como á las *Protectoras de animales y plantas*, sólo se las aturde y deslumbra con fuegos de artificio y truenos de una pirotecnia escandalosa.

Posible es que de una gran idea se haga algo mezquino; que del ridículo al sublime no hay más que un paso; pero cuenta con que ántes de atacar con las armas de la cuchufleta y la gracia, tal vez oportunas para batir al ridículo, preciso es probar que este existe y que no es estravio de la mente, ó aberracion del entendimiento, ó apego á lo viejo y oposicion á lo nuevo, ó falta, en fin, de cultura, lo que nos ha hecho considerar como tal, aquello que realmente es grave, utilísimo y justo.

Ahora bien; para nuestro humilde saber y entender, la proteccion de los séres organizados y vivos es cuestion de deber, de sentimiento y de cálculo; por tanto, hállase á mucha distancia del ridículo y perfectamente dentro de cuanto se nos ofrece con los caracteres de formal, trascendental y reflexivo. Cuestion es complicadísima y vasta, que debe ser dilucidada por lo

ménos en el terreno legal, en el moral y en el utilitario: y una vez lanzada de ellos la idea en que se apoyan esas sociedades, tiempo habrá de ridiculizarla, si es que persisten atormentando neciamente el cerebro de algunos ilusionados.

Por lo demás, coger un hecho al vuelo, darle la explicacion que plazca, torturarle hasta sacar de él consecuencias gratuitas, y edificar luego con tan arbitrarios elementos ese castillete de naipes que se llama ridículo, ni es lícito, ni extraño puede parecer que se derribe el edificio al primer soplo de la razon.

La página más severa y admirable de la historia, arrancada del libro, arrebatada á la lógica de los hechos, interpretada á placer, evaluada por la conveniencia y enclavada entre inexactos principios y caprichosas consecuencias, puede tambien servir de cimiento á la sátira más audaz ó al juicio más duro é implacable.

Mas no es ridículo al fin lo que encuentra el articulista del *Globo*, el hospicio fundado por la Sociedad Zoófila de Lisboa; es cruel: así es que, entregándose á esas declamaciones exageradas, ya tan poco nuevas y ya tantas veces contestadas, se da á pintarnos el cuadro de los ancianos estenuados, de las mujeres escualidas y de los niños atrofiados en la sociedad, y en nombre de tanto infortunio levanta una enérgica protesta contra los que á su parecer dan tan desdichado rumbo al sentimentalismo de sus corazones. *Robo*, nada ménos, hecho al hombre necesitado, llama al esfuerzo que se encamina al bien del animal, tan ligado con el nuestro propio.

Argumentos de efecto, tan deslumbradores como faltos de justicia y de lógica, son esos en que se apoyan los que, tal vez poco dispuestos á hacer algo en pró de sus semejantes, critican lo que otros hacen en beneficio de los animales. Más lógico parece el protector de estos últimos que lamenta los males del hombre, que el indiferente ante la humana desdicha, que se levanta airado contra quienes repugnan el mal, aun empleado en daño de los seres inferiores.

Si al propio tiempo que se profesan los principios del protectorado animal, del respeto á la vida, del amor á la naturaleza y de la apacibilidad y la armonía de cuanto existe, se declarase la guerra á la humana especie, se permaneciese helado y rígido ante el dolor y ante los crímenes que producen la torpeza y la licencia; si realmente el zoólogo viese impávido las consecuen-

cias de la ignorancia y de las pasiones y asistiese con bárbara complacencia á los estragos del delito privado y de la guerra social, entónces razon tendrían los declamadores para acusarle por sus crueles aberraciones y su desatinado sentimentalismo; pero cuando ese espíritu tutelar de los seres débiles, no tanto procede en beneficio de estos últimos como del hombre mismo; cuando al par que se realizan deberes respetabilísimos de moral natural, se procura la suavidad de las costumbres, la estirpacion de los hábitos de ferocidad y encallecimiento sensible, la prudencia y el tino en el uso de los animales y las plantas, la nobleza y la justicia en todas nuestras relaciones, la educacion del ignorante, la regeneracion del culpable, la economía del pobre, la templanza del iracundo, y la práctica de una multitud de virtudes enemigas de esos males que hoy en vano se nos muestran y que se nos lanzan al paso como si se quisiera embarazar-nos el camino, entónces no hay razon para acusar á los *zoófilos* de crueles, ni para decidir que se equivocan en la direccion que imprimen á sus sentimientos y á su conducta, ni para anatematizar y ofender ideas é instituciones que se han hecho lugar en los pueblos más ilustrados y que se hallan cimentadas en la conciencia popular y defendidas por la legalidad en las naciones más cultas del antiguo y del nuevo continente.

¡Oh, que pena y que confusion tan grandes para la España, esta guerra contra la civilizacion y la humanidad, contra las reformas y los adelantos!

Sólo son comparables á las que pueden producir la generalizacion y el esplendor de las fiestas taurómacas, riñas de gallos, tiros de pichones y algunos otros espectáculos que forman el deleite de esos filántropos que se conmueven al aspecto de la miseria pública y piden hospitales para los toreros y cárceles para los que se educan en las corridas de toros.

No son los *zoófilos* los que engendran ni fomentan esas guerras fratricidas; que mal pueden pedir la sangre humana los que procuran ahorrarla á los animales; ni son los que procuran la pública miseria, quienes compadecen al ser débil que cae bajo la garra del peor de los tiranos, el hombre embrutecido; no son tampoco los que ponen obstáculo á la fundacion de asilos y casas de beneficencia, los que quieren ver sano á todo ser vivo y dulcificada la agonía de todo ser que muere. Es más bien duro y cruel, indiferente ó despiadado, el que empieza por maltratar

al animal, para concluir por herir á su hermano, ó el que abandona hoy al humilde sér que padece por su causa, para empobrecer y lastimar mañana á la patria que debiera servir y enaltecer.

No parece sino que las quejas sempiternas contra la rudeza de las costumbres y la inhumanidad del corazon, estorban á la manifestacion del hondo pesar que todo pecho generoso y honrado experimenta ante ese gran crimen de todos los pueblos y esa gran mancha de todas las historias, que se llama *guerra*. No parece sino que cuando la lucha armada afrenta á las naciones y lastima el sentimentalismo individual, ya no puede lanzarse clamor alguno, al par que contra ella, contra esas otras barbaries y esas otras aberraciones que quizás la preceden en la cronología, la esplican en la generacion y la fomentan y acompañan durante su existencia.

Si la presencia de un mal, imposibilitara para combatir otros; si la existencia de una calamidad amordazara los labios para que no pudiesen pedir el triunfo de las grandes ideas y la práctica de las más fecundas virtudes; si la carnicería humana imposibilitara para predicar contra la tiranía de la naturaleza, la perversion de los instintos y los hábitos de salvage complacencia en la destruccion y el daño, es muy posible que hubiera siempre, modo de atajar el paso al derecho, y obstáculos que atravesar en las vias del bien y del deber.

En nombre de la ignorancia, siempre imponente, en nombre de los crímenes, siempre amenazadores, y en nombre del infortunio siempre inevitable, levantaríamos el grito contra esas Sociedades que precisamente difunden luz entre los ignorantes, ahuyentan el crimen con la predicacion del respeto á la vida, y disminuyen el infortunio y aumentan la riqueza con sus máximas económicas, sus consejos de prudencia y templanza y su influencia moral y civilizadora.

Finalmente; porque si decimos cuánto se nos ocurre, hay el peligro de no acabar en mucho tiempo: no sabemos porque razon, ni como podria sostenerse que *bajo el punto de vista zoológico, el hombre, como sér superior, tiene más derecho á la vida que todos los séres de la creacion*. ¿Quién se lo ha dado? Zoológicamente quien ha cometido tamaña injusticia y conferido, tan sin razon, semejante privilegio? Sostenemos que zoológicamente el hombre no vale mas que el último de los insectos; y que

orgánica y fisiológicamente, su estructura y su vida, no son más escelentes que las de cualquiera de los cuadrupedos. Creemos que por el puesto que ocupa en la escala zoológica, ni aun le corresponde la preeminencia de figurar en lugar más alto; y por la ley de la subordinacion que cumplen los especies animales, tampoco le correspondería el triunfo en la llamada *lucha por la existencia*. De otra parte le vendrá su innegable superioridad; de la conciencia, por ejemplo; de la razon, como sentido de lo absoluto; de la libertad, como prenda de virtudes que le hacen honrado, heróico y santo y de crímenes que le hacen infame, monstruoso y muy inferior al chacal y la víbora. Zoológicamente, no hay que hablar de derechos; ni la anatomía ni la fisiología, entienden una palabra de legislacion moral; antes bien, como historia de la naturaleza, son eminentemente niveladoras sus enseñanzas; moralizadoras como enemigas de la soberbia y de la vanidad humanas; y provechosas, entre otros títulos, por los que ofrecen al buen sentido del hombre para que aprecie su situacion en el mundo, su precio y su destino.

Si vale más la vida orgánica de un hombre que la de un animal, pronto, con un poco más, iremos á parar á que vale también más la vida de un circasiano que la de un hotentote, la vida material de un civilizado que la de un antropófago, el organismo quizás enfermo y raquítico de un sabio ó de un licenciado, que el robusto y activo de un atlético inca ó de un secular patriarca.

Hemos visto al hombre fundar el orgullo en su talento, en su valor, en su riqueza, en su hermosura y, si es menester, hasta en su salud; pero en su organismo, en sus funciones vegetativas ó animales, en la categoría de su vitalidad, en la escelencia en fin de su animalidad, caso es raro y que merece anotarse como ejemplo de singular presuncion ó de cándidas ilusiones.

Queda, aunque ligeramente, contestado el articulista de *El Globo*: dispénsenos cualquiera frase en que pueda encontrar intencion impropia de la templanza y de la urbanidad; que ni es nuestro ánimo herir susceptibilidades, ni ménos esto es preciso nunca para demostrar la razon y el derecho.

Defienda si guste los toros y las cacerías, las riñas de gallos y los tiros de pichones; pero no nos niegue el derecho á combatirlos.

Propague el odio á la guerra, la piedad con el infortunio, y la creacion de institutos benéficos; á sus voces uniremos las

nuestras; pero déjesenos además defender á los séres inferiores como se nos antoje, combatir la rudeza de costumbres, enseñar el respeto á la vida, aconsejar el aprovechamiento racional de los animales y las plantas, regular y formular nuestras relaciones con la naturaleza y mostrar al hombre las vías de la humanidad, del deber y de la conciencia, aun en esa esfera, más humilde en la apariencia, pero grande y transcendental en el fondo, en que respiran las plantas nuestro mismo ambiente y se envuelven los animales en torno nuestro.

EL DIRECTOR DEL BOLETIN.

LAS AVES.

CARTA Á UNA NIÑA.

Me pides que te hable de esos pequeños, ligerísimos seres que vuelan presurosos, y te alegran, preciosos, con su canto; y te pregunto yo:

¿Sabes lo que es un ave?

Es difícil decírtelo: el ave es el ser dichoso y libre que, separándose del suelo, que rompiendo los lazos que lo unen á la tierra, vuela feliz, con libertad bendita, y se inunda en un piélago de luz, en el que sólo ve ante su penetrante vista el espacio sin límites, sin fin.

El ave es el ser que, en lastimoso canto, da al aire eterna, inimitable melodía; y que, si siente, espresa de tal modo su sentir, que los raudales de su infinita armonía capaces son, al elevar el alma, de transportar al hombre de la tierra ingrata y trabajada, á la región serena en que la inteligencia estiende su dominio y su poder.

¿Acaso entiendes ya lo que es el ave?

Muy temprano, cuando apenas la más débil ráfaga de luz el hombre acierta á distinguir, ó acaso, dominado por sueño impertinente, sus ojos entreabre, oye ya de las aves el melodioso canto.

Madrugadoras, las pobrecillas saludan al día que viene presuroso, y el ser humano á admirarse llega de que tan pronto al aire den sus melodiosos trinos.

Tomo IV.—Núm. 15.

¿No ves en esos seres el vigor de la vida que los anima, y que se manifiesta en la fuerza terrible de su canto?

El ave es, pues, el más feliz de cuantos seres puedes tú ver: su sentimiento en sus cantares se refleja pujante y vigoroso.

Cuando el nido perdido hace al pájaro espresar un canto de dolor, en su sentir inmenso el hombre solamente á tan pequeño sér aventajar podrá.

¿Por qué, pues, habré yo de decirte lo que es el ave, el pajarillo bello que, con su canto, recreo y gozo viene á darte?

Me es muy difícil espresártelo: por eso, sólo podré decirte algo que llegue á darte idea pequeña de tan notables seres.

Son tan bellos los pájaros!....

Cuando en una hermosa mañana de primavera, el sol se levanta sobre el horizonte, enviando sus primeros rayos á la tierra, y las aves dichosas cantan el nuevo día, que viene á hacer posible vuelen de mata en mata, canten á sus hijuelos, y busquen á estos el sustento preciso; nada hay comparable á esa continua, infinita sinfonía que puede ser oída en todos los puntos que alcanza á bañar el sol con sus dorados rayos, que puede ser por todos comprendida.

Tú podras fácilmente apreciar el sentimiento que se ostenta en el canto del ave: sólo ella, en su vigor grandioso, pudiera tal prodigio producir.

¿Qué sér has visto tú que, en pequeñez tan grande, posea en su expresion tal sentimiento?

Cuando en tu ventana se posan, juguetones, los pájaros, y saltan, veloces, en prodigioso vuelo partiendo de tu lado, admiras su viveza y te estraña su alegría sin igual.

Son tan alegres cual deben serlo en la mayor libertad de que es posible gozar aquí en la tierra: ¿quién puede poner un límite á su canto? ¿Quién puede poner obstáculo á su vuelo?

¡Benditos seres, que tan dichosos son!

Yo envidio á las aves, al poder separarse del suelo del planeta: mi pensamiento es el único que en su aéreo camino puede acompañarlas; mi cuerpo, por desgracia, queda enclavado aquí.

¿No quisieras, cual quiero, poder seguir las en su canto, en su tranquilo vuelo, cuando, partiendo de nuestro lado, se alejan por momentos, y los trinos que al aire dan se pierden, se debilitan poco á poco?

¿No te entristece el que su dulce, graciosa melodía, deje de llegar á tus oídos?

Cuando yo voy al campo, el cantar incomparable de las aves me anuncia claramente que entro en otra vida más dichosa que la vida que dejo: por eso en él mi corazón se ensancha; mi sér todo recobra su vigor; mi pensamiento vuela, en ilusión engañosa y fugaz, al presentarme la imagen de otro mundo que, por desgracia no existe, no existe para mí.

El mundo de los pájaros me presento, afanoso; el mundo de las aves me figuro, en soñar ardiente: mi mente en vano se afana por buscar esa vida, que yo, al ménos, no he podido alcanzar.

¿Por qué, mi niña, no ha de poder mi cuerpo marchar unido al pensamiento mío?

¿Por qué mi inteligencia ha de volar, en prodigioso vuelo, y mi cuerpo ha de marchar con lento y tardo paso?

Las aves no son así: yo comprendo que apenas su inteligencia les sugiere la idea de elevarse, se elevan sin cesar; sus alas son para ello elemento grandioso, por eso Rückert se expresa así:

„¡Alas! ¡Alas, volar por las alturas
Del hondo valle á la empinada cresta,
Y allá, sobre los rayos de la aurora,
Cerner el alma en la region serena!
¡Alas tener y dominar los mares
Junto al sol purpurino del Oriente!
¡Alas... volar también sobre la vida,
Pasar al otro lado de la muerte!“

¿No es verdad que tú quisieras tener alas también?

Yo amo mucho á las aves, y creo que tu amor podrá igualar al mío: el hombre debía ser constante compañero, inseparable amigo de los pájaros. ¿No crees tú que su compañía vendría á ser fuente de infinitos goces?

Hace unos días he visto un cuadro bello, en que un monje, en soledad y meditacion, aparece junto á una ventana: el artista ha sabido completar su obra con tan delicada expresion del bien que procura representar, que difícilmente más delicado pensamiento, más tierna idea hubiera podido poseer.

En la ventana de una celda, junto, muy cerquita del fraile

dos pajarillos comen tranquilos, confiadamente, en completa, en absoluta libertad.

No es un sueño, hija mía, no es tan sólo ilusión el suponer que las aves puedan vivir en compañía del hombre. Los pajarillos que en el cuadro se dibujan, que no temen al fraile, de espíritu tranquilo, de amor lleno, no aparecen allí falsamente colocados: no es una utópia la creación del artista en esa parte.

Yo quisiera que tú procuraras también realizar esa íntima unión: pon en tu ventana migas de pan á las aves del cielo; hazte confiada y dulce para ellas; poco á poco, la unión se irá formando; poco á poco la unión tendrá lugar.

¿No lo crees?

Puedes hacer la prueba: ¿qué habrá, hija mía, mejor que ver al hombre, que verte tú en amistad completa, en estrecha alianza, con las aves?

Pero quiero hablarte de otra cosa. No tengas miedo; no abandono el asunto: quiero hablarte de lo que es el nido para el pájaro.

El nido de una avecilla encierra un mundo de sentimientos, de esperanzas, de alegrías: cuando lo fabrican, primero él, los huevos luego, los hijuelos al fin, van poco á poco formando las delicias de los padres. Si le construyen, sus cantos de placer acompañan la obra que ejecutan: ya fabricado, sus cantos de esperanzas presienten los hijos que adivinan: nacidos estos, el gozo de ser padres hace enloquecer á esos seres bellísimos, tranquilos.

¿Qué es, pues, el nido?

Es el resumen de la vida del pájaro, y comprende en síntesis preciosa sus delicias, amores y esperanzas.

¿No has visto nunca á algún sér inhumano arrancar el nido que formaran dos amantes, cariñosas avecillas?

¿No has podido comprender el inmenso dolor que las afligía, que con terrible elocuencia en su canto expresaban apenadas?

Cuando empiezan su nido los lindos pajarillos, el amor purísimo que los une da á su trabajo valor inestimable. Con incansable afán, sin descanso, sin reposo ninguno, las avecillas prosiguen su tarea, y lentamente, con pequeña, imperceptible porción de barro, con endeble pajilla, con sus plumas, en fin, forman su casa, el nido de su amor.

No hay otra palabra para expresar, para nombrar su obra: decir *nido*, es designar lo que es.

Ya terminado, los huevecillos tienen allí cómodo sitio, abrigado lecho en que puedan ser cobijados. Al serlo, el ave queda esclava, su libertad desaparece absorbida por el amor que guarda á los hijos que presente.

Si nacen estos, los cuidados más grandes nada son si se comparan con los prolijos afanes de las aves. Si el padre canta junto al nido, es porque sus hijuelos tienen suficiente sustento; es por acompañar con su canto la completa soledad de su amada.

¡Cuántos trabajos sufren los pajarillos para buscar el sustento de sus hijos!

Por todas partes, aquí y allí volando, recorren parajes muy distantes, buscando sin cesar el pan de sus pequeños: éstos esperan, si la madre está ausente; y al ver aproximarse á sus padres, abren sus picos, queriendo todos recibir el alimento con tanto trabajo conseguido.

¿No es verdad, mi pequeña, que el nido encierra tanta belleza y sentimiento tanto, que nada habrá, sin duda, que pueda igualmente presentarlos?

Pues cuando los pequeñuelos van creciendo, son educados por los padres, sin que pueda faltar esa instruccion: no han volado jamás los pobrecillos, y sus alas son débiles, casi insuficientes. No importa esto; tanto se ensaya el vuelo, que llega pronto el instante en que pueden abandonar el nido los nuevos, pequeños voladores.

¡Si vieras, prenda mia, cuántas fatigas, cuántos sufrimientos cuesta al ave su codiciado nido!

Hace algun tiempo escribí algo sobre esto: quiero ponerte aquí lo que tal vez hayas tú más de una vez leído: no importa esto, sin embargo: si ha sido así, lo leerás una más.

«El nido del pájaro —decia yo— encierra todo un poema de amor: éste lo crea, á él se debe. El pájaro se diferencia de muchos animales: no labra, no edifica para sí; construye para su prole solamente.

Y qué construccion!....

El pájaro no tiene otros instrumentos que su pico, que sus patas, digo mal, el cuerpo es tambien su más importante instrumento; trabaja con su pecho, y así logra formar en el interior la cavidad donde han de depositarse los huevos.

¡Cuántas hierbecillas, cuántos delgados filamentos, cuántas pequeñas porciones de barro han sido necesarios para la obra!

Esto es, sin embargo, poco: el padre y la madre han ido recogiéndolos uno á uno; uno á uno colocándolos.

Y para colocarlos, cuántas fatigas producidas por los esfuerzos, cuántas palpitaciones al apretar con su seno, con su mismo corazon, los débiles materiales!

Todo lo sufre la madre, que presiente el porvenir, que adivina al hijuelo á través de la cáscara del huevo. En éste encierra su esperanza: el pájaro adivina lo que serán los pequeñuelos que, ocultos aún, tiene bajo sus alas: él sabe lo que tiene bajo su corazon.»

Bastante te he hablado de esto, y justo es ver si hay en el ave algo más que merezca fijar en ello tu sencilla atencion: el nido te dice lo que es la madre; en su amor tan digno de respeto: fuera de él, cuando los pequeñuelos vuelan ó andan libremente, tambien se nota el amor maternal del ave.

No tienes que buscar muy léjos el ejemplo: en tu gallinero lo tienes, por fortuna; en la gallina lo ves á cada paso.

Mírala allí: tienes ante tu vista una bella preciosa gallineta, rodeada de sus lindos polluelos. Sin cesar cacarea, y sin cesar parece llamar á sus pequeñuelos: la pobrecilla quisiera abrigar á todos con sus alas.

No la asustes: es madre cariñosa, y defenderá hasta morir á sus queridos hijos.

Mira, mira cuán bellísimos son los polluelos: hay entre ellos algunos que parece han robado los suaves colores de sus plumas á los rayos del sol naciente, del sol de la mañana.

La gallina llama hacia sí todos sus hijos: dos, cuatro, siete, diez polluelos tiene.

Y á todos ama!

A todos por igual: ella quisiera poder con ellos compartir su existencia, cual les puede ceder y les cede los granos que le arrojan.

Esos hijuelos han costado á la madre sufrimientos muy grandes, y si alguno arrebatarse á sus hijos pretendiera, el ave, enfurecida, loca, llegaría á defenderlos hasta la muerte.

En el peligro, cobija á los pequeños bajo sus alas, bajo su mismo cuerpo: no hay ya riesgo allí para ellos: les guarda una barrera infranqueable: el amor de su madre.

Lo ves muy bien: por todo cuanto he llegado á referirte, notarás el inmenso valor que atesoran los séres de que he venido á hablarte en esta carta.

Pude, al principio de estas líneas, hacer fijar tu atencion en la grata armonia que realizan las aves con su canto, y como cuanto es bello puede poderosamente influir en nuestra esencia, de aquí, mi niña, que ser deba el cantar de las aves motivo grande de digna, constante contemplacion.

El hombre debe tomar—tenlo entendido— como medio de educacion, de la noble educacion del sentimiento, el estasiar su oido con la más dulce de las armonías, con la que producen esos bellos, incansables cantares que tienen en los bosques inmensa escena, y en el espacio grandiosa bóveda en que pueden sus ecos résonar.

No hace aún mucho tiempo, el primero de nuestros oradores decia ante las Córtes de nuestra hispana tierra, que era necesario desarrollar la educacion del sentimiento. Yo creo, con él, que sólo sintiendo es justo y probo el hombre, aunque haya, hija mia, quien quiera alejar del corazon la gran sublimidad del sentimiento.

¿No crees tú que esos acordes que hieren nuestra alma, y ese dulce cantar del pajarillo, son capaces de influir poderosa, enérgicamente en nuestro sér?

Yo creo que sí, y por eso no encuentro nada como la música, capaz de promover, de hacer nacer un sentir elevado, un precioso sentir.

Y ¿qué música es posible pueda imitar el canto de las aves?

No conozco, ni he percibido jamás melodía más grata á mis oidos, que la que producía el amante rui señor que cantaba oculto en la enramada, ó el pajarillo que, junto al nido, espresaba en su canto sus amores; nunca oí música igual á la que pude escuchar en el abierto coliseo de los campos, bajo la azul techumbre de los cielos.

Siente conmigo, y ama ese hermoso cantar que igual no tiene; siente conmigo y prefiere á la más dulce, gratísima melodía, el dulcísimo canto de las aves al expresar su inmenso sentimiento.

Cuanto te he dicho es suficiente á mi objeto: cuál era éste, lo supones fácilmente; hacerte comprender el valor inmenso de las

aves, para que de ese convencimiento que adquirieras, pudieras deducir el principio de proteccion y amor.

De hoy más, yo estoy seguro, los pájaros seran respetados por tí: son tan merecedores á nuestra admiracion, á nuestro culto, que pedirte les profeses amor, es pedirte muy poco, amada niña.

Sobre la tierra—tenlo entendido bien—hay una idea que parece flotar en el espacio y elevarse sin tregua, cual si no fuera el planeta que pisas bastante grande para contenerla: la idea del amor, en la armonía entre todos los séres, que deben cambiar la lucha por la paz, y someterse á la ley más grandiosa de la inteligencia: la ley de la libertad.

Para conseguirlo, ama: si la faz del globo ha de cambiar un día, el amor á cuanto tiene existencia en el planeta, puede únicamente realizar el cambio.

Adios, y no olvides á las aves en la ternura de que es capaz tu amante, sensible corazon.

E. THUILLIER.

INSECTOS Y PAJAROS.

El Senado francés habrá aprobado probablemente cuando nuestros lectores lean este párrafo, el proyecto de ley presentado por el señor de La Sicotiere, que tiene por objeto la destruccion de los insectos perjudiciales y la proteccion de los pájaros útiles.

Las principales disposiciones del proyecto son las siguientes:

Art. 1.º Obliga á los propietarios y granjeros á destruir en sus tierras los insectos nocivos.

2.º Los propietarios y conservadores de bosques deben destruir los insectos, desde el linde de la posesion hasta una distancia de 30 metros dentro de las mismas.

3.º Los agentes y administradores públicos harán ejecutar las medidas de precaucion que los prefectos establezcan.

4.º á 8.º Prohiben la caza, la venta, etc., de los pájaros útiles á la agricultura, y la destruccion de sus nidos.

9.º á 22. Indican las penas en que incurren los delincuentes.

Un artículo adicional ordena que se establezcan primas para los maestros de escuela que enseñen la insectología á sus alumnos, y se ocupen de la destruccion de los insectos nocivos y de la proteccion de los pájaros útiles.

Otro artículo adicional dispone que el ministerio de Agricultura publique cada año noticias referentes á las costumbres de los pájaros y de los insectos.